

antepasados se vieron en la necesidad de hacer las Américas, y la época en la que le tocó vivir. Es un estudio de todo el siglo XIX, en especial las desamortizaciones, donde el saber de Naranjo Sanguino es evidente.

Son de interés las notas antropológicas, como las referencias a los matrimonios que entran y salen en la obra, sobre todo, por las referencias que hacen a la necesidad, que propició muchas de las uniones en épocas anteriores; la presencia de algunos eclesiásticos en el relato como protagonistas políticos; la importancia de la Diputación Provincial y la Milicia Nacional, que fue considerada baluarte de la libertad. El protagonismo de Llerena en algunos movimientos de especial tensión política, donde su proximidad con Andalucía no debió ser menor y la participación de Agustín Cañizo siempre desde el conservadurismo.

Se recoge una práctica muy extendida en los siglos XIX y del XX como fueron los destierros interiores, que sufrieron personajes como Muñoz Torrero, Fernández Golfín o Espronceda, por citar a algunos, que están en la memoria de todos, y nuestro personaje Agustín Cañizo, que también bebió de este cáliz, pues estuvo desterrado en Salamanca. Es una práctica que recuerda al ostracismo ateniense, que nació como protección de la convivencia.

Mucho me he extendido, podría hacerlo aún más, pero lo dejo, animando a leer el libro comentado, con la seguridad de que aprenderán, como yo lo he hecho, y, además, su lectura es muy placentera, pues se nota la experiencia didáctica de los autores. Gracias.

FELIPE GUTIÉRREZ LLERENA



### ***Humanistas para el siglo XXI. Recepción estética de una antropología humanista***

*Autor:* Abdón Moreno García

*Edita:* Editorial Manuscritos, Madrid, 2022, 562 pp.

Abdón Moreno García es doctor en Teología Bíblica por la Universidad Gregoriana de Roma (dirigió su tesis doctoral el cardenal Albert Vanhoye) y ha impartido docencia en el Seminario Metropolitano de Mérida-Badajoz, en la Università della Santa Croce y en el Instituto Teológico Compostelano. Entre sus múltiples investigaciones destacaría las que tienen que ver con los humanistas extremeños. Debido a nuestros lazos familiares, nos hemos visto de forma intermitente pero constante, y siempre he podido admirar su gran erudición, su cercanía y su generosidad. Siendo yo estudiante de Filología Hispánica en la UEX me regaló su edición de los manuscritos inéditos de Arias Montano y Pedro de Valencia (Badajoz, Universitas, 1996) y una monografía sobre Durero la vez

que le visité en su casa de Talavera la Real, su pueblo y el mío.

*Humanistas para el siglo XXI. Recepción estética de una antropología humanista* bien podría haberse subtitulado también *Propuestas éticas para este siglo*. Está compuesto por trece capítulos, precedidos de un amplio prefacio, y la idea vertebral que los articula gira en torno a la necesidad de enarbolar valores permanentes frente el páramo del nihilismo y el agnosticismo posmodernos. Aunque Moreno sitúa el paradigma de este nihilismo en Cioran (se trae a colación el *dictum* paradójico de que el mayor valor del hombre consiste en no tener valores), las raíces del mismo nos llevarían a Nietzsche, a su célebre sentencia sobre la muerte de Dios, a partir del cual se van a desarrollar las reflexiones de Vattimo y Lyotard, entre otros.

En la misma fila que a Cioran sienta a tres pensadores españoles contemporáneos: Fernando Savater, introductor precisamente del autor de los *Silogismos de la amargura* en España; Javier Sádaba, que desvincula la filosofía moral de la teología; y Eugenio Trias, que estaría en un plano diferente a los anteriores, ya que «su reflexión sobre el hombre como *carne de límite* deja entrever la teología de Romanos 7» (p. 102). Frente a ellos, el contrapunto ético y estético vendría de la mano de un humanismo cristiano que Moreno reconoce en María Zambrano, Romano Guardini y Gabriel Marcel.



No es extraño que Cioran le profesara admiración a la autora de *El hombre y lo divino*, puesto que el rumano era un apasionado de los místicos y los santos, como demuestra *De lágrimas y de santos* (1937). María Zambrano no dejó de subrayar en sus escritos la palabra inspirada —y por ello sagrada— consustancial a la poesía. Se trata de una idea que tiene una larga tradición, desde el platonismo hasta el romanticismo, pasando por el neoplatonismo

renacentista. Lo cierto es que en España pocos como José Ángel Valente la han seguido tan de cerca al profundizar en el sentido órfico de la experiencia poética, enfrentándose así a ciertos paradigmas realistas de su generación. Algo similar cabe decir de Chantal Maillard y sus ensayos sobre la razón estética. Además, Moreno subraya en Zambrano el principio de esperanza incardinado en el ser humano, la necesidad de un nuevo nacimiento.

De Guardini, profesor de Filosofía de las Religiones en Berlín, Tubinga y Munich, Abdón Moreno reivindica su tesis de la vida como experiencia relacional-creadora, que tanto me recuerda a Lévinas. Por su parte, el personalismo de Gabriel Marcel le dará ocasión para poner de relieve la crisis metafísica del hombre y recordar una interesante diferencia entre el pensador, siempre dispuesto a cuestionarse, y el ideólogo, herméticamente encastillado en sus creencias.

Otro vivero de códigos éticos que en este libro se erigen como remedio contra el relativismo posmoderno lo constituye el estoicismo, difundido ampliamente en el Renacimiento gracias a Lipsius y a otros humanistas como Arias Montano, Luis Vives, El Brocense o Erasmo, quien calificará a los filósofos de la Stoa como cristianos sin revelación: «La afición y familiaridad del Renacimiento con el *hombre interior* y el *retiramiento* es insoslayable y emite, a su vez, una gran luz y un rico caudal semántico sobre el *hombre interior* paulino, que sigue los surcos cínicos y estoicos que llamó siempre la atención del monaquismo primitivo. Y que ha puesto de relieve, en nuestros días gaseosos, Foucault, manifestando así una nueva recepción estética de la interioridad, de lo que él llama *el cuidado de sí*» (p. 462). Los principios rectores son bien conocidos: importancia de la virtud y la moderación, elogio de la enseñanza, la templanza o la paciencia, y desprecio por la fama o los bienes materiales. Uno de los maestros del estoicismo será Séneca, muy presente en estas páginas. Hay que separar, como hace la teoría literaria, el autor *implícito* (la imagen del autor que emana de una obra) del autor *empírico*, el real o histórico. En este sentido,

conviene no olvidar que Séneca, muy rico y poderoso en su tiempo, «escribió para ser lo contrario de lo que fue», según advierte Michel Onfray en *Sagesse* (2019).

El estoicismo impregna las obras de poetas clásicos de nuestro Siglo de Oro, como fray Luis de León o Francisco de Quevedo. Abdón Moreno fija su atención, en cambio, en uno de los tratados para la educación de los príncipes de las cortes, *Theatro Moral de la vida humana* (1672), compendio neostoico y auténtica joya muy influyente en su tiempo, que incorpora los extraordinarios grabados de Otto Vaenius. Se explica en detalle la historia textual —desde la *editio princeps* de Amberes, en 1607— y se señala que la edición de 1612 tiene la particularidad de que presenta las glosas del epigrama en cuatro lenguas —español, francés, italiano y neerlandés—. A partir de la traducción de Diego de Barreda se transcriben sesenta epigramas, para que el lector pueda paladearlos. Reproduzco como ejemplo el xxxviii, bajo el lema de «Sapientiae libertas»:

Es libre entre libres, y es Rey entre Reyes,  
y Rey de los Reyes bien puede llamarse  
el sabio, que sabe à si mismo mandarse,  
poniéndose à si, y quitándose leyes,  
ni teme, ni debe al mundo, y sus greyes  
que firme en su basa estará sin mudarse,  
ni pueden mudarle, queriendo el estarse,  
los males del mundo con todos sus bueyes.

El hecho de que el último capítulo del libro se dedique al dramaturgo extremeño Manuel Martínez Mediero pudiera sorprender un tanto, y no solo por el formato elegido esta vez (el de la entrevista, género vivo e inmediato donde los haya). A mi juicio, este parlamento abre otra vía distinta del humanismo cristiano o del neostoicismo, y apunta al *cinismo* antiguo si nos atenemos a sus prácticas discursivas predilectas: el humor, la sátira y la lucha contra el poder. El fervor necesita de la ironía y del escepticismo. Por eso, en sus repuestas, el dramaturgo niega cualquier trazo de universalismo o trascendencia en sus piezas y resalta

su historicidad, su urgencia crítica (la Iglesia tampoco se salva si leemos *Mientras la gallina duerme*). Toda la obra de Martínez Mediero es un desafío contra la falta de libertades durante el franquismo y su recurso al símbolo se explica en razón de un necesario enmascaramiento frente a la censura que tanto padeció.

Aficionado como soy a los géneros autobiográficos, valoro especialmente aquellas páginas de Abdón Moreno donde asoman y se filtran sus recuerdos más personales o sus gustos pictóricos (su excelente interpretación de *Caballo corneado* de Picasso como alegoría de la fragilidad humana, por ejemplo). Sería deseable que, además de ese trabajo sobre Epiceto que proyecta —me lo contaba en su último correo—, nos regalase algún día sus memorias. Cuando soplan los vientos del *posthumanismo* (pienso en *Zero K*, la novela de Don DeLillo, que introduce temáticas como la criogenización o la nanotecnología), el principal mérito de *Humanistas para el siglo XXI* radica en que su autor se arriesga a ser intempestivo, proponiendo una mirada hacia el pasado que sirva de base sólida en tiempos líquidos y de fiebre consumista. Es ahí donde el lector hallará pan para sus dientes.

JOSÉ ANTONIO LLERA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID